

## Libres ante la desgracia

“—Yo... no deseo adorarte —murmuró, como disculpándose—. Ni siquiera comprendo por qué te respetan los extranjeros. Dices que has muerto cargando con los pecados de la humanidad, pero no puedo ver que nuestras vidas sean más fáciles ahora. Yo sé qué tristes son las vidas de los campesinos en los pantanos. Nada ha cambiado porque tú murieras.”

Estas palabras son pronunciadas por el protagonista de la novela *Samurai* del gran escritor japonés Shusaku Endo (1923 – 1996). Basado en un hecho histórico, el libro cuenta la historia de un *samurai* (noble guerrero) del s. XVII que es llevado en un galeón español a la Península Ibérica, en misión diplomática. En el trayecto trata de asimilar la cultura de sus anfitriones, incluida su religión cristiana.

El samurai de la novela es una persona que está teniendo su primer contacto con el cristianismo, dirigiéndose al crucifijo que cuelga de una de las paredes de su camarote, pronuncia las palabras que he citado arriba. Pero para los que vivimos en culturas secularmente cristianas, la perplejidad que sentimos ante la doctrina de la redención no es menor. ¿Por qué la muerte de un hombre inocente es causa de salvación? ¿De qué somos redimidos por su muerte?

### I. “REDENCIÓN”, UNA METÁFORA QUE DA QUE PENSAR

Una de las causas de la aversión por esta doctrina que, sin embargo, es esencial a nuestra fe, es la mancha que las teorías llamadas de “satisfacción vicaria” han arrojado sobre nuestra visión del tema. En el origen de estas teorías se encuentra la doctrina anselmiana de la redención.

Anselmo de Canterbury (1033-1109) contesta en su obra *Cur Deus homo* (¿Por qué Dios se ha hecho hombre?) a la pregunta de por qué Cristo tuvo que morir en la cruz. Según San Anselmo, Cristo reparó con su muerte la deuda infinita contraída por la humanidad con el pecado de Adán. En los siglos posteriores a Anselmo, esta visión de la redención se volvió cada vez más violenta: Cristo soporta la violencia de un Dios Padre sediento de venganza. Con su ofrecimiento en la cruz, Jesús atrae sobre sí la cólera de Dios, que estaba destinada a ser descargada sobre la humanidad. De este modo, Jesucristo salva al hombre de la ira de Dios.

Se han elaborado intrincadas explicaciones teológicas para hacer compatible esta imagen sanguinaria de Dios con la de un Padre amoroso. Se decía por ejemplo, “Dios es bueno, pero también justo”. La muerte violenta de Jesús era, al parecer, parte de esta “justicia”. Pero querer casar la imagen de Dios-Amor con la de aquel otro que reclama la muerte violenta de su Hijo es cosa imposible.

Entender la redención como restablecimiento de la justicia mediante la violencia infringida a un inocente distorsiona irremediablemente nuestra percepción de Dios. El teólogo gallego Andrés Torres Queiruga ha comentado los efectos devastadores de estas doctrinas, que explican la muerte de Jesús como satisfacción de la justicia divina:

“El daño que esto ha hecho, y continúa haciendo, a la sensibilidad religiosa —que como tal sensibilidad no entiende de distingos y alambicamientos teóricos— resulta horrible e incalculable. Constituye una perversión —por lo menos objetiva— de la auténtica imagen de Dios, y distorsiona, hasta profundidades que nunca podremos medir, el sentido de la experiencia religiosa.”

Y como ilustración de este daño, viene a nuestros oídos un canto popular: “perdona a tu pueblo, Señor, no estés eternamente enojado”.

Hoy sabemos que *la redención* tuvo un sentido bien distinto durante todo el primer milenio cristiano. Tanto el Nuevo Testamento como los Padres encontraron absurda la idea de que con su muerte Cristo estuviera pagando un precio a Dios. Orígenes, el gran teólogo egipcio del siglo III, dejó escrito: “¿A quién entregó Cristo su vida como rescate por muchos? Ciertamente no a Dios”.

La redención es una metáfora traída del comercio de esclavos. En el Imperio Romano, un esclavo podía recuperar su libertad a cambio de un pago en metálico, quedando así “redimido”. El mensaje de la redención nos dice que el ser humano es liberado y que alguien –Cristo– paga un precio por ello, y que ese precio es su vida, muerte y resurrección.

Como cualquier metáfora, la imagen de la redención trata de explicar una realidad profunda y de difícil comprensión a través de la comparación con una imagen cotidiana. Como cualquier metáfora, “da que pensar” y suscita preguntas: ¿De qué esclavitud somos redimidos? ¿A qué libertad nacemos tras esta redención? ¿Cuál es el precio y quién paga esta transacción y a quién?... Algunas de las preguntas tienen respuesta, otras no.

El Nuevo Testamento no da una explicación cabal de *cómo* la muerte de Cristo produce nuestra salvación, en su lugar, ofrece imágenes y metáforas que nos ayudan a adentrarnos en este misterio.

## II. LUZ QUE BRILLA EN LAS TINIEBLAS

Edward Schillebeeckx, en su ya clásica obra *Jesús, la historia de un viviente* escribía:

“la ‘salvación’ es un término que en el plano lingüístico y, por consiguiente, en el de la vivencia humana de la realidad con sus implicaciones sociales, sólo se convierte en ‘concepto’ y en vida a partir de experiencias de contraste negativas, que van acompañadas, al menos de una forma esporádica, de experiencias de sentido, las cuales dan lugar, en un clima de esperanza, a una *anticipación* del sentido de la totalidad, de la salvación”

En este sentido, el ministerio de Jesús está cuajado de “experiencias de sentido esporádicas”: las curaciones, los exorcismos, las comidas con pecadores, las multiplicaciones de panes y peces, ... son signos de la irrupción del Reino a través de la persona de Jesús.

Son “esporádicas” en el sentido de que no solucionan de forma definitiva el drama humano. Los hombres y mujeres saciados por Jesús volverán a tener hambre, los curados de las enfermedades seguirán sujetos a la amenaza de la enfermedad, los exorcizados no quedan libres para siempre de la posibilidad de que sus demonios retornen (cfr. Mt 12,45). Incluso en los casos de resurrección de muertos (Jn 11,38-44; Mc 5,35-43; Lc 7,11-17), los “resucitados” volverán a morir.

No obstante, estas “experiencias de sentido” narradas por los evangelios son “anticipaciones” de una salvación definitiva, que Schillebeeckx llama “sentido de la totalidad”. La desgracia de la enfermedad o del hambre, son convertidas en Jesús en ocasiones de salvación. Aunque temporal, esta salvación es destello de la salvación definitiva en la que “Dios sea todo para todos” (1 Cor 15,28).

Comprender esta salvación excede a las posibilidades de la inteligencia y la imaginación humanas: “Ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha entrado al corazón del hombre, lo que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Cor 2,9). Pero se nos hace accesibles a través de estas esas “experiencias de sentido esporádicas” que experimentamos cuando el sufrimiento humano encuentra alivio en la solidaridad de otros seres humanos.

Caminar hacia las fuentes de la vida interior nos hace tener una mirada contemplativa que nos permite vislumbrar estos destellos de sentido en medio de la noche. Nos conduce hacia una libertad que es capaz de resistir ante la desgracia.

La muerte y el sufrimiento no son un mero trasfondo oscuro sobre el que brilla la luz de la salvación. En Cristo, la vida confronta la muerte. La oscuridad se resiste y encara una batalla contra la luz. Jesús tiene enemigos que le crucifican. Es en este contexto donde la lucha entre el Reino de la luz y el de las tinieblas adquiere mayor dramatismo. Jesús rescata a sus discípulos del dominio de la oscuridad y les abre el camino hacia el Reino de Dios.

Hay una maldad que se opone directamente a la acción de Cristo. El lenguaje del mito lo ha llamado “el Adversario” (Satanás). Éste actúa allí donde a las mujeres se les hace creer que su posición de inferioridad está establecida por la naturaleza y no por un sistema humano injusto. Está presente allí donde se humilla a los “pueblos primitivos” en nombre de “culturas superiores”. Se infiltra en las capas más profundas del espíritu humano, en nombre de una religión basada en el miedo y la sumisión. Se hace fuerte en las estructuras socio-económicas que establecen reglas de juego que privilegian a los ya privilegiados.

Del mismo modo que YHWH por mano de Moisés sacó a su pueblo de la esclavitud, Jesús libera a los suyos del poder del “hombre fuerte” (Mc 3,23-27). Como el Éxodo de Israel, se trata de un itinerario, nos habla de un proceso. Dios conduce a su pueblo a través del desierto para que un grupo de esclavos pueda transformarse en un pueblo libre, capaz de organizarse para una convivencia en paz, una paz (*shalom*) que es plenitud, no mera ausencia de conflictos.

Jesús, desbroza un camino, que pasando por el sufrimiento y la muerte, nos conduce al encuentro con Dios. Él es la “puerta” que da acceso a la plenitud (Jn 10,9; cfr. Mt 7,13).

Pero en su camino hacia la luz, Cristo es sometido a la prueba de la persecución injusta, el odio, los abandonos humanos, la humillación, el sufrimiento y la muerte. La salvación de Jesús se confronta con el espíritu de la oscuridad que actúa tanto desde fuera como desde dentro de los seres humanos. Jesús, que es plenamente consciente del poder del mal, nos anuncia que el poder de Dios, que no es como el poder del tirano: Dios realiza su reinado desplegando un “poder desde abajo”, una fuerza no-violenta.

Con esta energía de Dios, Cristo nos libera, y esta liberación no es una mera iluminación intelectual. La lógica de la dominación infecta al ser humano hasta las profundidades que eluden el análisis racional. No basta con comprender teóricamente, es necesario una transformación eficaz. La teología llama “gracia” a esta infusión de energía capaz de cambiar el corazón. La gracia que nos hace libres ante la desgracia.

El Reino irrumpe con Jesús mostrando la perversión de los sistemas de poder y apuntando al corazón de las tinieblas. La luz encendida por el Cristo se mantiene a través de la comunidad que muestra que otro tipo de relaciones es posible “el que quiera ser primero que sea el servidor de todos” (Mc 10,44).

### **III. CORDERO DE DIOS QUE QUITA EL PECADO DEL MUNDO**

Cuando pensamos en la confrontación entre el bien y el mal vienen a nuestra mente imágenes como las que ha llevado al cine el multi-oscarizado “Señor de los Anillos”. El bien y el mal están encarnados por sendos ejércitos: uno compuesto por guerreros guapos y vestidos de blanco, otro por seres monstruosos vestidos con las galas de las tinieblas. Sin embargo, ambos luchan con las mismas espadas, arcos y mazos, su choque es frontal, al mismo nivel.

Jesús nos dice: “no opongáis resistencia violenta al mal” (Mt 5,39). Y propone gestos creativos de noviolencia activa. Así, “Ofrecer la otra mejilla” después de recibir un bofetón en la derecha (Mt 5,39) es difícilmente un gesto de sumisión. Basta imaginar la situación para darnos cuenta: la persona humillada muestra al agresor su otra mejilla y le niega con este gesto el poder de menoscabar su dignidad.

Más atrevido aún es la siguiente acción que propone: si eres llevado a juicio para quitarte la túnica que habías puesto como garantía de un préstamo, entrégales también el manto (Mt 5,40). Solo si tenemos en cuenta que en esta época no se habían inventado aún los calzoncillos, podemos entender lo que propone Jesús.

Jesús invita a los pobres –“Bienaventurados ellos”– a tomar la iniciativa moral y encontrar una alternativa creativa a la violencia: a realizar gestos que afirmen su dignidad y su humanidad como personas, utilizando para ello la imaginación y el humor. Jesús entrega a sus seguidores un “poderío”, que no es el poder de los ejércitos, pero que no es menos poderoso. Una fuerza a la que Ghandi llamó “Satyagraha” (la fuerza de la verdad).

Cristo se adentra delante de nosotros hacia lo más oscuro de la condición humana: la tortura, el terror, la muerte. Se identifica con los que “sólo sufren”, con las víctimas: es el Cordero de Dios. El Credo nos dice que Jesucristo “descendió a los infiernos”. La iglesia de Europa Oriental ha representado esta afirmación en uno de los iconos más hermosos.

Cristo se adentra en lo más oscuro de nuestra alma: allí donde anidan los complejos causados por las humillaciones, los miedos que nos mantienen en la minoría de edad, las culpabilidades reales o inducidas que no nos dejan ser libres, la tiniebla donde se hace fuerte el mal espíritu de la dominación, la violencia, la mentira, el miedo y la sumisión.

Y es allí donde enciende la luz de la resurrección, allí y no en otro lugar, en lo más profundo de la noche. Él nos pide hoy, sin forzarnos jamás, que le abramos la puerta: “Mira, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él y él conmigo” (Ap 3,20). Él acepta entrar allí donde está lo podrido, lo oscuro, lo que está por curar, lo que duele. Nos invita a depositar sobre su cuerpo nuestros pesos. Y suavemente, sin herirnos, extiende el bálsamo de una curación. Como en el icono, rotas las puertas del infierno, toma de la mano al hombre y la mujer para sacarlos a la luz de la Pascua.

El hermano Roger escribe: “Hoy más que nunca sube una llamada a abrir los caminos de confianza hasta en las noches de la humanidad”. Es Cristo quien nos abre la puerta y nos invita a dar este paso:

- De la inquietud a la confianza y de la inseguridad apocada a la autonomía
- De la ira reactiva a la serenidad, y del estancamiento a la toma de iniciativas
- De la culpabilidad morbosa al descubrimiento de “las propias fuentes internas de energía espontánea para el bien” (Bernhard Häring)
- De los complejos de inferioridad a la justa estima de sí y de los demás

“Una existencia llena, de la que irradian calor y paz, es expresión de una notable madurez, de salud psicosomática y de unas relaciones interhumanas sanas. Constituyen los signos y la promesa del *shalom* en el sentido amplio de la palabra bíblica” (B. Häring).

## **PREGUNTAS**

- ❖ ¿Qué puertas necesito abrir para dejar que Cristo entre con su luz?
- ❖ ¿Cómo no resecarnos en la falta de esperanza? ¿Dónde encontrar fuentes que nos renueven en la confianza?
- ❖ ¿Cómo acoger la gracia que nos hace libres ante la desgracia?
- ❖ ¿Cómo descubrir en nuestras muertas puertas que nos abren a la luz de la Pascua?